



ESTRATOS DE UN TIEMPO JOVEN: EL PERFIL ADOLESCENTE DE LA SOCIEDAD

Celso Sánchez Capdequí

Universidad Pública de Navarra (Dpto. Sociología)

Sin lugar a dudas nuestra sociedad está de cambio. Pocas son las estructuras y las instituciones que, procedentes de la modernidad industrial, mantienen el aspecto con el que tiempo atrás vinieron al mundo. Han constituido la matriz de lo que hoy componen el cuerpo resquebrajado de la modernidad tardía, pero sobre todo han desatado una fuerza dinamizadora e imparable, que es el cambio. Aquella sociedad lo espoleó con controles y determinaciones y, esta criatura nacida de sus propias entrañas, se ha desbocado y ha transformado a su progenitor sumiéndole en formas siempre fugaces y provisionales. El cambio que altera la mirada, los ritmos sociales e individuales, las estructuras familiares, políticas y educativas, las relaciones afectivas, etc., ya no ofrece piso firme para elaborar utopías en el horizonte histórico. El curso del tiempo ha perdido el carácter ordenado y previsible de antaño. No promete reconciliación de los antagonismos que pueblan los marcos de convivencia.

Además, se trata de un tiempo que se ha acelerado. Introduce un ritmo endiablado en las cosas de manera tal que deja fracturas, discontinuidades e interrupciones constantes, que golpea lo recién edificado entre los individuos y educa a éstos más en la tarea de no verse zarandeados que en la de perfilar y potenciar el lazo y el vínculo social de cara a plantear un horizonte de convivencia futuro. Remite al presente como espacio temporal que no deja de re-inventarse en cada uno de los instantes por ser cada uno de éstos portador de desgarrros y anuncios desconocidos.

Curiosamente esta aceleración también nos brinda otras curiosidades. Tal vez la más destacada, sin excluir otras, es la que tiene que ver con el semblante que predomina en las actuales sociedades. En un horizonte en el que la novedad y la hiperestimulación que está conlleva han echado raíces, la aceleración no parece dirigirse hacia delante, caminando en busca de un futuro redentor, antes bien, nos devuelve al abrazo de *la eterna juventud* como valor y como imagen hegemónicas. En un tiempo que destruye sus criaturas a velocidad de vértigo y que aborta al instante lo recién nacido, se abre paso el apetito del querer ser jóvenes. Tal vez a causa de la primera idea surge la segunda.

Debido a los boquetes y desgarrros que deja el imparable e imprevisible paso del tiempo, la sociedad se imagina como queriendo vivir sin él, dibujando un dominio de la experiencia en el que *no pasa nada*, en el que el periplo de nuestras vidas no conoce final porque siempre habita el principio. Hoy como nunca los remedios antiedad, las operaciones estéticas, los estilos juveniles, las indumentarias desenfadadas, forman parte y caracterizan la forma de vida contemporánea. El imparable e incontenible paso del tiempo, ya sin horizonte redentor, encarna la fugacidad y la vulnerabilidad incrustadas en el corazón de la existencia humana. En palabras de uno de los estudiosos del tema, F.M.Cataluccio, "ahora está claro que el siglo XX ha sido asimismo el siglo, largo o corto, en el que la inmadurez ha triunfado trágicamente: el siglo de Peter Pan. El culto a la

infancia se ha transformado y radicalizado: los adultos se han visto impulsados a conservar su juventud, a 'pensar joven', a comportarse y vestirse como críos. Se ha impuesto al niño como paradigma de ser ideal¹.

1. LA ETERNA JUVENTUD COMO ESTILO DE VIDA

Hasta fechas muy recientes la historia de las sociedades humanas ha mostrado un rasgo común. Salvo la Grecia clásica y el actual modelo social, ambos centrados en el ideal de *la autonomía* según Castoriadis, la vida de los hombres ha sido explicada por agentes exteriores que gestionaban los hilos de su biografía al margen de sus propias decisiones. Una fuente extra-social determinaba, con carácter inexorable, el curso de los acontecimientos y, dentro de él, los episodios de cada vida individual. Esta constante ha tenido una presencia incontestable en el tránsito histórico de las sociedades tradicionales, tuteladas mayormente por una autoridad sacro-religiosa, y también en la modernidad incipiente ya que los pensamientos de autores como Marx, Hegel, Comte y otros pavimentaron el terreno para trazar con precisión meridiana el recorrido de la Historia y las oportunidades salvíficas que albergaba.

De este modo, tenía lugar la hegemonía del *tiempo homogéneo* del que hablaba Walter Benjamín. Se trata de un tiempo cuya sucesión no deja lugar a las rupturas, a *las brechas*, según expresión de Hannah Arendt. Rige en él un orden imbuido de necesidad que facilita la tarea de relatar e hilvanar con sentido los fragmentos de su existencia y de hacer coincidir el relato de lo ocurrido con lo ocurrido realmente. No habiendo desgarros ni sobresaltos en el tiempo, no hay lugar ni necesidad de pensar, esto es, de afrontar *lo posible*. No abundan las preguntas y las interrogaciones, las búsquedas y las exploraciones ya que topan con el territorio claramente trazado y orientado de antemano. Su aportación a la convivencia consiste en seguir el curso ya predefinido por decisiones ajenas.

Hoy, sin embargo, el actor contemporáneo dispone de certezas de escasa duración y de escaso alcance temporal. Son rápidamente absorbidas por el ritmo acelerado y vertiginoso de las cosas. Los actores habitan un entorno tan cambiante que se erosionan los referentes comunes de orientación. Se sienten incapaces de contribuir a una narración congruente de su biografía. Es la época en la que el tiempo pierde ese carácter homogéneo e irrumpe en la cotidianidad, como factor de alteración, rompiendo y desgarrando todo atisbo de seguridad. Es un tiempo, por tanto, de muchos principios y finales, un tiempo que evoca la extinción de todo aquello creado por el hombre, un tiempo que introduce una dosis de pesimismo en el día a día. Básicamente, porque descubre lo que durante muchos siglos ha estado ocultado en la existencia humana: su congénita inadaptación al mundo y su vulnerabilidad a los vaivenes de la historia.

Este dibujo de la sociedad coincide con una tendencia en cuanto a estilo de vida que prioriza la edad de *la juventud* como modelo social a imitar. *Inocencia* según Pascal Bruckner². *Inmadurez* para Cataluccio. En ellas se encarnan las dificultades y las resistencias a digerir sin remisiones el inexorable paso del tiempo. En sociedades del pasado humano también se dieron respuestas en este sentido. Una vez más, estaba en manos de la autoridad religiosa la salvación ultraterrena de las vidas humanas. Algo que formaba parte del grado de delegación y sometimiento de los hombres de estas sociedades a las determinaciones exteriores que regían la convivencia social. Hoy, sin embargo, la diferencia estriba en que el actor debe hacerse cargo de la autoría de esa idea. Si antes la salvación era concedida por otros, hoy la salvación es obra del propio actor en el marco de la historia. Y, para ello, ansía recuperar el período de su vida cargado de frescura y de horizontes abiertos e inexplorados.

¹ Cataluccio, F.M., *Inmadurez*, Siruela, Madrid, 2006, pag.16

² Bruckner, P., *La tentación de la inocencia*, Anagrama Barcelona, 1999

Las tendencias infantiles de la sociedad contemporánea ya habían sido detectadas por la reflexión de autores como T.W. Adorno y M. Horkheimer. En su espléndido trabajo *Dialéctica de la ilustración*³ inciden en que, a pesar del talante racionalista que informa la cultura moderna, pervive una inconfesada tendencia a la repetición y la reiteración características de los primeros estadios de la vida. El niño se regodea con una expresión, un movimiento o un gesto por el simple hecho de haberlo descubierto y poder/saber repetirlo. Esta experiencia, según estos autores, puede estar a la base del hechizo que, a pesar de su sofisticación racional y espíritu crítico, producen en el actor moderno los prodigios de la matemática y sus resultados técnicos. Una vez descubiertos los automatismos del cálculo, éstos devienen autónomos y ciegos para una sociedad que ve en ellos la posibilidad de alcanzar la omnipotencia sin atender más que al tratamiento eficaz de la materia del mundo en ausencia de reflexión acerca de sus efectos perversos. El adulto ilustrado lleva en su seno un niño embaucado por su propio descubrimiento: el juguete del cálculo y de la técnica.

En nuestros decorados sociales la figura del “adolescente” se ha convertido en un referente inexcusable. Hasta fechas muy recientes se trataba de una fase de la biografía individual que abarcaba un determinado espacio de tiempo. Su definición la marcaba la propia biología. Si bien en cada contexto social los límites que la definían variaban en cuanto a fase de inicio y de conclusión, la juventud siempre ha ocupado un lugar central en la gestión de la sociedad. No en vano, en buena parte de la historia humana las sociedades se han dotado de *ritos de iniciación/de paso* que marcaban las diferencias entre los grupos de edad y, además, ofrecían las condiciones de *tránsito* de unos a otros. Por medio estaban en juego los procesos de inclusión que obligaban a los jóvenes a hacer frente a determinadas pruebas y desafíos que evaluaban su madurez para gestionar las exigencias del mundo adulto.

Hoy, en palabras de Manuel Castells, “la sociedad red se caracteriza por la ruptura de la ritmicidad, tanto biológica como social, asociada con la noción de ciclo vital”⁴. La juventud se ha constituido en *un estilo de vida*, en *una manera de entender* la relación con uno mismo, con el otro y con “lo otro”. Ha quedado desbordado el mismo discurso de la biología. Independientemente del tiempo acumulado y de las fases atravesadas a nivel ontogenético, todo individuo quiere recuperar esa fase inaugural cargada de esperanza y frescura. La moda, el turismo, la cosmética, el consumo ofrecen vías para esa vuelta a la adolescencia como modelo hegemónico en la acción individual.

Para Alberto Melucci, “nuestras sociedades crean las condiciones de apertura y transformación entre juventud y madurez que ya no señalan en modo alguno el tránsito entre ellas. Este es un lugar común de las sociedades avanzadas, apuntado por todos los comentaristas de la condición juvenil. La juventud ya no es una condición enteramente biológica, sino que también es cultural. Los individuos no son jóvenes porque (o sólo porque) tengan una cierta edad, sino porque siguen unos ciertos estilos de consumo o ciertos códigos de comportamiento y vestimenta. Ahora, la adolescencia se prolonga mucho más allá de sus fronteras biológicas, y las obligaciones para con la vida adulta se posponen hasta después de los veinticinco e incluso de los treinta años”⁵. Se han roto los límites de la biología y ha aparecido la presión de una cuestión que se abre paso de una manera inexorable: el paso del tiempo sin la salida ultraterrena de antaño. Los individuos se reconocen y son reconocidos por la sociedad en los gestos juveniles, en las prácticas adolescentes, en las indumentarias más novedosas, en una cierta excentricidad en el comportamiento, en un dinamismo constante de las rutinas.

La adolescencia es *lo que incluye*. Y, también *lo que excluye*. Actitudes rígidas, ajenas al paso del tiempo, sumidas en inercias paralizantes y envejecidas despojadas de un tono actual, quedan desplazadas en los

³ Adorno, T.W. y Horkheimer, M., *Dialéctica de la ilustración*, Trotta, Madrid,, 2001, pag. 59-95.

⁴ Castells, M., *La era de la información. Vol1: La sociedad red*, Alianza, Madrid, 2000, pag. 523.

⁵ Melucci, A., *Vivencia y convivencia*, Trotta, Madrid, 2001, pag.138.

márgenes de la sociedad. Los ademanes paternalistas de antaño han desaparecido. El brillo de la autoridad derivada de la veteranía se ha eclipsado. Y los adultos, ya sin el protagonismo del gobierno (político, cultural, familiar, religioso) de la sociedad, prefieren el des-gobierno lúdico y estético en el que reivindicar los valores y comportamiento de la juventud.

La inclusión sólo puede darse a título individual y fomentando talentos egocéntricos. En este estilo de vida es *el yo* el agente responsable de sus prácticas e iniciativas. Es al yo al que corresponde efectuar los esfuerzos por incluirse en el centro simbólico de la sociedad. Se trata de un estilo de vida compuesto por mónadas aisladas que, aunque pueden compartir espacio y tiempo de acción, viven el proceso de rejuvenecimiento por separado. Responde a una estructura de la convivencia dominada por la privatización de la experiencia. La maquinaria del capitalismo de consumo procede generando diferencia y escisión en este nuevo estilo de vida en el que también conviven las fuerzas antagónicas de la inclusión y exclusión.

Esta nueva fase del capitalismo alienta y refuerza esta forma de vida porque le permite jugar con el ideal de la innovación y de la sorpresa constante, ofreciendo sueños en alubión y, así, regenerando su propio proceso productivo. Su maquinaria de reproducción se ha espiritualizado y desmaterializado ya que, en el marco de la sensibilidad adolescente del momento, ya no vende objetos de necesidad, sino indefinidas posibilidades de ser, es decir, indumentarias, identidades, lugares de placer, relaciones sociales. Vende ideas, sueños y simulacros: que tienen un precio en el mercado y que nos separa a unos de otros en el intento de volver a *la eterna juventud* porque no todos los actores cuentan con las mismas posibilidades económicas. Los *sueños de la inocencia juvenil* tienen un precio en el mercado. En este sentido, las poderosas pulsiones consumistas afianzan en nuestros comportamientos "la creencia en *la resurrección infinita de las cosas* cuya Iglesia es el supermercado y la publicidad los Evangelios"⁶.

De algún modo, el centro simbólico de esta forma de vida radica en vivir de *vuelta*, retornando a los principios, recuperando esas fases superadas a nivel biológico pero restauradas a nivel de prácticas culturales. Se trata de concebir la vida desde esos momentos de poder exultante, de iniciativas constantes, de capacidad de respuesta. Al mismo tiempo, de negar los espacios de la mácula, el deterioro, la arruga, la degeneración. No se busca acumular tiempo, más bien, desprenderse de él, perderlo, echarlo por la borda, transformándose en infantes y adolescentes que empiezan de nuevo a vivir pero ya en un "ahora" despojado de inocencia. Los adultos quieren vivir siendo jóvenes, quieren llegar hasta el final de sus días sintiéndose próximos a los inicios. Luchan por estacionarse ahí, por cerrar el paso del tiempo, por dejar de acumular experiencia. Llegan para quedarse, es decir, para reproducir ese modelo de vida, para *ser como* tantos otros (adultos) que alivian la pesantez del paso del tiempo exhibiendo los prodigios de los primeros días.

Se han roto las fronteras de edad de las sociedades tradicionales y de la primera modernidad. Si antaño los límites entre el joven y el adulto estaban marcados por unos papeles y funciones sociales y, en especial, por unos ritos de iniciación que acreditaba en el joven la pérdida de la inocencia y la asimilación de la dureza de la vida, hoy nada de esto tiene lugar. Especialmente importante es la desaparición de estos ritos. No habiendo, "estado adulto", o habiéndose prolongado la juventud en grado sumo, no hay necesidad de rito ni de sus figuras tutelares. Cosa que tiene efectos negativos en los grupos de edad más jóvenes (atendiendo a la cuestión biológica). Como argumenta A. Melucci⁷, una juventud que se ha quedado sin rito desconoce, de igual modo, la experiencia de la privación, la pérdida, el dolor. Ignora límites de sus comportamientos y prácticas que le convierten en *humano y mortal*. En ese sentido, se ve abocada a vivir la vida desde el desenfreno y la omnipotencia, en definitiva, desde experiencias que reproducen la placidez del útero materno (dilatadas, por ejemplo, en el mundo de las drogas).

⁶ Bruckner, P., *Op. cit.*, 1999, pag. 51. El subrayado es mío.

⁷ Melucci, A., *Op. cit.*, 2001, pag.139.

Por lo expuesto anteriormente, el miedo a la muerte, como en otros períodos de la historia, sigue teniendo un protagonismo sordo y callado. Lo característico de nuestros contextos de acción incide en una mejora de las condiciones de vida que favorece la idea de la superación de ese destino fatal. La sofisticación tecnológica puede contribuir a una forma de vida ajena a su inquietante presencia. Como dice Edgar Morin⁸, toda expresión de cultura (obras y ritos religiosos, símbolos sagrados y laicos, conceptos de familia, herramientas de trabajo, indumentarias, etc.) es la respuesta del hombre en forma de continuidad y permanencia en el tiempo a la presencia fatal de la muerte. Hoy no disponemos de ritos y liturgias sociales orientadas a asimilar y a aceptar con serenidad ese momento inexorable. Parece haber desaparecido de la atención prioritaria del hombre contemporáneo. Se trata, en palabras de Manuel Castells, de “vivir como si la muerte no existiera, pese a ser nuestra única certeza. Al hacerlo, se consuma la subversión definitiva del ciclo vital y la vida se convierte en este paisaje plano, salpicado por momentos escogidos de experiencias elevadas y mezquinas, en la *boutique* infinita del sentimiento personalizado. Así que cuando sucede la muerte, es sólo una señal luminosa adicional en la pantalla de espectadores distraídos”⁹.

La vida de nuestros adultos se ha detenido. Se ha coagulado en el principio cargado de plenitud. Se trata de borrar el cúmulo de lo vivido dominado por la decadencia y el deterioro. De algún modo, de olvidar aquellas fases en las que el tiempo socava el primor y el brío de los inicios. Destaca el anhelo de vivir al margen del tiempo: como Peter Pan, en *el país de nunca jamás*, con una inocencia incorruptible. Algo que alimenta el actual modelo económico para generar caracteres volátiles, volubles, desechables y reciclables. Vivimos una época que convierte *la espera* en el nuevo modelo de adaptación social: *espera* a sentirse impactado por el carrusel de novedades que nos hacen sentir el prodigio de la estimulación y la ensoñación de los primeros días.

En nuestros días, en palabras de Cataluccio, “el hombre vive inmerso en su mundo de prodigios como un niño, mejor dicho, es un niño de cuento de hadas”¹⁰. Se ha pasado sin solución de continuidad de una imagen paternalista y rígida del adulto a la de un agente lúdico despojada de experiencia y cargada de inocencia. Al mismo tiempo, se le ha desposeído a él y a la sociedad de la sabiduría, de la tradición, lo que obliga a rehacerse de nuevo a cada paso. Sin referentes mínimos, sin mojones en el tiempo pasado, sin saber acumulado y orientativo de las generaciones pretéritas, todo se disuelve en una actitud infantiloides, contentadiza e insensible que empapa la edad adulta al servicio de un sistema de poder que repudia la crítica, la mirada de frente y el juicio sereno y elaborado.

Sin reflexión, sin experiencia y sin memoria, hemos dejado al adulto y a la sociedad inermes ante injusticias revestidas de disfrute y jolgorio, ante dolores ocultados por el espectáculo mediático. La mirada juvenil se caracteriza por la inmediatez, la precipitación, el riesgo, el fragmento, la intensidad, el corto plazo. Y para el análisis sensato y crítico es necesaria una mirada amplia y atenta a la continuidad entre las cosas. Como plantea la tradición marxista, el encuentro con *el todo*, con el conjunto de relaciones sociales que hacen posibles valores, instituciones y comportamientos.

Pero también cabe la acción, la iniciativa, la reflexión reposada y elaborada, el paso hacia delante en la fase adulta. No sólo una vida educada en el servilismo consumista del *todo vale*, inclusive, del mal gusto, de la credulidad sistemática, de la sensiblería estéril, también de vida lúcida e inquieta abierta a las interrogantes de la existencia. El adulto puede desentumecer y reavivar su experiencia interrogándose por el curso de las cosas, activando recursos de su pensamiento y de su sensibilidad habitualmente embotados por los lugares

⁸ Morin, E., *El hombre y la muerte*, Kairós, Barcelona, 1999, pag. 57-93.

⁹ Castells, M., *Op. cit.*, 2000, pag. 529.

¹⁰ Cataluccio, F.M., *Op. cit.*, 2006, pag.14.

comunes acerca de “la vejez” y el circo mediático¹¹. La sociedad actual siente a golpe de fantasmagoría mediática. Y si siente así, *consiente* con todo lo que sus productos y relaciones de producción ocultan. La adolescencia genera, por tanto, modelos de comportamiento que concelebran el festejo continuado en el que se convierte una vida vivida en la adolescencia y en la dicha. Esos comportamientos han sido educados en el consentimiento cómplice que, por ello, ignoran la posibilidad del *disentimiento* y de *la crítica*.

2. EL NIÑO ETERNO COMO ARQUETIPO UNIVERSAL

Existen otras maneras de revivir lo ya vivido en etapas precedentes de la biografía individual. Si bien, el diagnóstico realizado anteriormente se sitúa en el ámbito de lo típico, de los tópicos, de lo habitual y lo normal, ahora el análisis efectúa una profundización en dominios no inmediatamente perceptibles y manifiestos, pero no por ello menos activos en la vida social. Se trata del nivel *arquetípico* de la experiencia humana donde no existe el tiempo histórico, donde rige más la potencia que lo actual, donde se comprime lo vivido y la memoria viva de la humanidad. En este nivel de la experiencia humana desaparece el tiempo cronológico y rige *el tiempo recurrente* (glosado literariamente por Marcel Proust) en el que todo lo ideado por la inteligencia humana deja huella para las sociedades futuras.

Los arquetipos remiten a potencialidades de acción y representación que cada presente histórico incorpora. Más que representaciones cerradas y clausuradas, constituyen *condensaciones de sentido* que orientan y estimulan la creatividad social. En palabras de uno de los analistas más avezados en el tema, C.G.Jung, “el arquetipo es un elemento formal, en sí vacío, que no es sino una *facultas praeformandi*, una posibilidad dada *a priori* de la forma de la representación. No se heredan las representaciones sino las formas, que desde este punto de vista corresponden exactamente a los instintos, los cuales también está determinados formalmente”¹². Su significado universal referido a situaciones y estados recurrentes en la vida del hombre les hace pervivir al paso del tiempo. Mircea Eliade se refiera a ellos en términos de *fósiles vivientes*. Ejemplos como el Héroe, la Gran Madre, el Hermafrodita, el Extraño, el Chamán, independientemente del valor y protagonismo que tengan en cada entorno cultural, forman parte de la peripecia humana

En este nivel nada de lo creado y vivido por el hombre muere definitivamente. Siempre un halo de cada gesto humano surca la memoria filogenética de la especie. Cada ahora, cada época, cada momento histórico contiene y convive con los dibujos de los que el hombre se ha servido para narrar y definir su experiencia en el mundo. Corresponde a los arquetipos las nociones de lo transhistórico y lo transpersonal. No en vano, lo producido por el hombre pervive y sobrevive al tiempo de su producción y permanece intacto como potencia legada a las sociedades venideras.

En este dominio la infancia se vive de manera muy distinta. No es tanto una fase a superar como *un estado constante y recurrente*. Este no deja de acompañar la vida de cada sociedad y actor. No se trata de convertir esa posibilidad en un estilo de vida, con el que la infancia y la adolescencia caracterizan el semblante de nuestra época. Más bien, el acento hay que ponerlo en la dimensión recurrente e insuperable de un estado, el de *la calidez de los inicios*, que podemos activar y recuperar en determinados momentos de la biografía personal. Experiencias cargadas de recuerdos, momentos de desgarró, el amor renovado y renovador, acontecimientos sociales y políticos muy significativos nos trasladan a estados de nuestra vida cuya narración regenera y sana.

¹¹ Quiero hacer constar que esta idea la contrasto semanalmente con avezados e inquietos alumnos “de largo recorrido vital” con los que comparto “aula de la experiencia” (en su 1ª Promoción en Tudela) y, algo más, disfruto de un intercambio recíproco de conocimiento teórico y experimental.

¹² Jung, C. G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós Barcelona, 1991, pag. 74

El niño que llevamos dentro no muere nunca y a él volvemos para hilvanar periódicamente la narración de nuestra biografía. No se trata tanto del niño que fuimos *realmente*, como de una fase insuperable e insuperada que se encuentra próxima al *pensamiento arcaico* caracterizado por la anulación del tiempo, la integración de lo real con lo posible, de la parte con el todo, del final con el inicio. En palabras de C.G.Jung y K.Kerenyi, "con afirmaciones como las de que el motivo del niño es un resto del recuerdo de la propia infancia y otras explicaciones similares sólo se ha eludido la pregunta. En cambio, si decimos –cambiando ligeramente la misma frase– que el motivo del niño es la imagen de ciertas cosas de la propia infancia que hemos olvidado, ya nos vamos aproximando a la verdad. Pero como el arquetipo es siempre una imagen que pertenece a toda la humanidad y no sólo al individuo, tal vez es mejor formularlo así: *El motivo del niño representa el aspecto preconsciente de la infancia del alma colectiva*"¹³.

El arquetipo del niño eterno inmerso en las profundidades de toda conciencia individual y social tiene la virtud de nutrir los matices y revitalizar la percepción uniforme e inercial que rige en todo marco de convivencia. A su trasluz se constata una mayor continuidad y consanguineidad entre las cosas separadas y aisladas por el pensamiento conceptual y diferenciado de la modernidad. Posibilita un proceso de compensación que enriquece los reduccionismos de una mirada funcional y parcial del mundo atenta a lo cuantitativo e insensible a lo singular y lo denso.

Es una manera de regenerar la vida individual ante un mundo al que hoy sólo cabe tratar desde una conciencia hegemónica movida por el apetito dominador de la técnica. Sin embargo, su cercanía a los inicios de nuestra conciencia, su proximidad a los grandes interrogantes del mundo, hacen de la infancia un acontecimiento fantástico e irreplicable. Como dice la mitóloga Blanca Solares, "cuanto más tiende la conciencia a autonomizarse de sus fundamentos, el misterio de su nacimiento y su sentido, más se separa de la experiencia de plenitud y totalidad de los orígenes, hasta desembarazarse de ellos por completo, como sucede en la época moderna, y privilegiar el progreso abstracto, unilateral y reductivo de su proceso de racionalidad técnica y mercantil. Es aquí, en contraste, donde el arquetipo del niño surge como una clave compensatoria básica"¹⁴.

Esta experiencia es arquetípica porque es universal, porque es posible y posibilitante para cualquier humano independientemente de época, cultura y sociedad. Remite a los inicios regeneradores, exuberantes y prodigiosos que recrean el mundo en lo que tiene de espacio de expansión fecunda y de experiencia inagotable. En él se hace notar la fuerza milagrosa e irreprimible de la vida en su máxima expresión, *el milagro de la existencia*. La infancia vive y se vive en contacto directo con el misterio que alienta el discurrir del mundo. Por ello, su carácter inicial teñido de misterio y enigma imprime a la niñez una dimensión sagrada y excepcional, portadora de las claves secretas del mundo y cargada de la ambivalencia de los inicios que atraen pero también asustan.

Entiéndase bien. No es cuestión de rebovinar el hilo biográfico de nuestra vida o de la sociedad hasta encontrar el principio de todo. Tiene más que ver con la recuperación de una experiencia oceánica, bañada de inocencia, descargada de conciencia moral y en la que el actor pone el mundo a disposición de sus sueños. No se trata de un estilo de vida, de un modelo conciencia social, de una estrategia de mercado. Apunta a esas llamadas e interpelaciones del pensamiento arcaizante ocultado por un modelo de conciencia centrado en *el yo* y ajeno a la realidad abundante de la experiencia. Consiste en los calambrazos del inicio que reclama su lugar y su protagonismo para ampliar el horizonte y expandir la experiencia que toda la sociedad limita y estrecha.

¹³ Jung, C.G. y Kerenyi, K., *Introducción a la esencia de la mitología*, Siruela, Madrid, 2002, pag.106.

¹⁴ Solares, B., "Infancia", *Diccionario de la existencia* (A. Ortiz-Osés y P. Lanceros, eds.), Anthropos, Barcelona, 2006, pag. 314.

En concreto, nuestro actual modelo de vida también potencia la ensoñación y al hechizo a través de la maquinaria mediática. La diferencia estriba en que en ésta el protagonismo recae en *el yo*, en *el ego*, en el estado de conciencia normalizado que, lejos de expandir sus niveles de experiencia, los contrae y los reduce a lo ya existente disfrazado de carrusel lúdico. Sin embargo, el momento arquetípico del niño eterno supone un retrotraerse a la acumulación de voces, formas y pigmentaciones que ha ido legando en el yo el curso del mundo natural y cultural. Se trata de un descubrimiento que, lejos de confirmar a la sociedad tecnologizada como el culmen de la sofisticación humana, la convierte en un momento más y nunca el último de una cadena cósmico-cultura ya vieja y siempre por rejuvenecer.

A esta experiencia la denomina C.G.Jung *el proceso de individuación* a cuyo través la conciencia individual contacta con lo universal, lo transhistórico, lo que carece de tiempo, en definitiva con *el sí-mismo* que todo individuo lleva en su seno. Frente a la gestión privada y solitaria del actual estilo de vida basado en el acceso a una niñez de escaparate y espectáculo, el proceso de individuación consiste en una recuperación de lo vivido, de lo creado, de lo sentido y pensado por el hombre, una recuperación de los otros hombres y, con ello, del resto del hecho cósmico vivo y activo en cada uno de nosotros. En el individuo se abre paso el tiempo sordo del hecho natural prolongado en el humano que nos remite a lo inicial y a lo incógnito. A partir de ese momento la supuesta suficiencia del yo comunica con los diferentes estratos que perviven en él y que le convierten en mera expresión de una totalidad cósmica, humana y cultural de la que forma parte. Frente a la visión fragmentada y fragmentaria del yo contemporáneo, recupera una visión totalizadora de su experiencia y una reconciliación con las diferentes partes de la realidad.

La experiencia de la individuación rejuvenece porque, de pronto, se incorpora el todo en cada yo, porque éste *re-nace como otro* a partir del descubrimiento de vínculos desconocidos, porque éste reconoce su vastedad más allá de los límites de su conciencia, porque éste descubre la deuda con la tradición humana en la que pervive el rastro de la cultura y del cosmos. Se opera un renacimiento del yo capaz de reconocer la alteridad en su propio seno.

En este sentido, la recuperación de la niñez tiene un efecto alquímico y transformador. De ella se retorna *otro*, renacido, con espacios de experiencia desconocidos, sin renunciar a la exploración en el mundo. Es una respuesta a los unilateralismos de la conciencia que cierran el paso a la novedad. Se ha incorporado otra mirada que abre al futuro, que estira la realidad, que la prolonga hacia lo desconocido. Por ello, "un aspecto fundamental del motivo del niño es su carácter de futuro. El niño es futuro en potencia. Por eso, la aparición del motivo del niño en la psicología del individuo suele significar una anticipación de desarrollos futuros, aunque a primera vista parezca tratarse de una formación retrospectiva"¹⁵.

A modo de resumen, los mitólogos C.G.Jung y K.Kerenyi definen el arquetipo de la infancia a partir de tres rasgos recurrentes en una diversidad de mitos sociales.

1) Uno de ellos es el nacimiento milagroso de un ser que procede de una experiencia virginal. Además, el conjunto de peligros que amenazan al niño indefenso. Así, Zeus está amenazado de ser engullido por Cronos, su propio padre; Dioniso de ser desmembrado. Aunque nada parece venir en su auxilio, lleva en su seno un poder sobrenatural, el de los instintos de la vida, que le habitan. En ausencia de madre, le protegen los animales que le nutren y los ángeles que le custodian.

2) Si bien parece indefenso, su cercanía con el misterio de la existencia le dota de poderes sobrenaturales. El niño dispone de fuerzas tan superiores que podrá imponerse a todos los peligros. Se encuentra atravesado por la mágica fuerza de los inicios. Mas aún, su existencia excepcional derribará todas las barreras del mundo constituido y, finalmente, con sus virtualidades intactas hará emerger una nueva realidad.

¹⁵ *Ibid.*, pag.109.

3) Por último, presenta una figura hermafrodita, que simboliza la unión de los opuestos o símbolo de la unión constructiva de los contrarios. La influencia de los inicios dota al niño de un aspecto a-morfo y potencial carente de forma definida y actualizada. El vínculo entre Hermes y Afrodita subraya la singularidad irreductible con la que nace cada niño. Pues el recién nacido no es la mera suma de los progenitores que lo engendran. Lo masculino y lo femenino, así como la vastedad de elementos que le lega el pasado filogenético de la especie y del cosmos, van a ser combinados de manera tan irrepetible y singular que define al recién nacido frente a otros.

Como argumentan C.G.Jung y K.Kerenyi, la mitología constituye un buen referente para acercarse a los dominios del niño eterno. Mitos como el de Zeus, Dioniso, Jesucristo y otros (de nuestra tradición cultural y de otras) ofrecen algo muy distinto al cuento o la leyenda. Si éstos nos hablan del niño en una situación familiar, social o histórica difícil, la mitología expone las relaciones del niño (adulto) en el marco de un mundo cargado de enigmas y misterios que le obligan a medirse con sus límites y con los de la experiencia circundante.

3. LA ACCIÓN SOCIAL EN EL ABISMO DE LA INAUGURACIÓN

En el tratamiento de ese momento auroral de los asuntos humanos las aportaciones de Hannah Arendt constituyen un aspecto irrenunciable. Su obra plural y diversa encuentra su característica fundamental en la capacidad humana de iniciar y ofrecer novedad en el mundo. Sin atender a este aspecto el análisis de su obra se queda cojo. Y conviene recaer en él, además de por la lógica de la reflexión aquí expuesta, por el hecho de que en un momento en el que azota el miedo y el temor a no se sabe muy bien qué, la pensadora alemana incide en que, frente a la deriva paralizante que se cierne sobre nosotros, el individuo y la sociedad en su conjunto están en condiciones de encender la chispa de la novedad, de hacer que el curso de las cosas siga veredas desconocidas.

En este marco de reflexión de H. Arendt la atención hay que dirigirla hacia otras zonas de la realidad social. Si en el primer momento el análisis se detuvo en *el hecho* de un estilo de vida, si en el segundo en *la posibilidad de hacer* que evocan los arquetipos de la especie, este último se ocupa del *hacer mismo*, de *la acción humana* capaz de impactar contra, y demoler lo instituido. La reflexión en curso ha pasado por el momento típico de la sociedad adolescente, a continuación por el arquetipo de la niñez eterna y ahora se trata de atender a la intervención re-juvenecedora de la sociedad con respecto a sus propios dominios de interacción. De igual modo, si en la sociedad contemporánea el protagonismo es el yo egocéntrico, si en el nivel arquetípico lo es la individuación, en esta última fase de la reflexión el núcleo lo ocupa *la sociedad de los individuos* re-negociando políticamente los marcos de convivencia en el espacio público.

El punto de partida de la reflexión arendtiana apunta a la característica central del hombre: su *indeterminación*. Viene al mundo sin que la actividad de la naturaleza le haya acabado definitivamente. Sus instintos se encuentran por madurar y su situación en la experiencia está dominada por la vulnerabilidad y la fragilidad. Son más sus faltas que sus virtudes. Como diría el maestro de H.Arendt, Martin Heidegger, eso le aboca a la muerte y a la extinción de su vida y de todo lo tocado por él. Sin embargo, la pensadora alemana llama la atención sobre el otro extremo de este hecho radical en el hombre. Se trata de *hacer de la necesidad virtud*. Puestos a subrayar la fugacidad que imprime la intervención del hombre en su entorno, cabe igualmente acentuar su disposición a inaugurar el curso de las cosas, a insuflar recurrentemente en el decorado social el aliento del re-nacimiento.

H. Arendt fomenta esta idea en el marco de una sociedad hastiada de tendencias paralizantes y degenerativas que desgarran las biografías a través de la violencia física, con los totalitarismos, o a través de la mentalidad de los automatismos de la fabricación, dominante en el mundo del trabajo. En ambos casos prevalece un

aspecto común: la convivencia está fragmentada y rota por actores celosos de su vida privada y ego personal, educados en la desconfianza hacia los otros, sometidos a la arbitrariedad del tirano y/o sumidos en un juego de automatismos técnicos que mutila la expresividad de los cuerpos. En estos ejemplos la sociedad se resiste a modificar sus mecanismos de pervivencia. A los ojos de los actores comparece un ser exterior que les despoja de su voluntad y les reduce a meras marionetas sin criterio y dirigidos por la omnipotencia del Uno (tiránico) o de la impersonalidad de la maquinaria técnica.

En este marco de cosas no cabe el espacio del rejuvenecimiento de la sociedad. Y no cabe básicamente por un hecho constitutivo de la propia sociedad: el punto de partida es el individuo desgajado de vínculo social y alejado del espacio de reflexión colectiva. No existe "el otro" más que como amenaza y extrañeza. Algo que aboca al solipsismo nutrido por la avalancha consumista que edulcora la existencia con un sinfín de alternativas de elección pero excluyendo *la alternativa de elegir otro marco de convivencia*. Desde la soledad del actor el sistema de producción logra su éxito más destacado pero también más disimulado y, por ello, doblemente eficaz: no hay actor que por sí sólo pueda alterar el rumbo de las cosas, y más un horizonte globalizado como el que nos toca vivir.

El aislamiento de nuestras conciencias e inteligencias genera un horizonte de escepticismo que incide en el desgobierno acerca de los asuntos planetarios. Cada uno hace la guerra por su cuenta sin atender a los desafíos comunes y compartidos. Más aún, sin conciencia del lazo común que somos y nos hace ser. Sólo la recuperación del *espacio público* en el que los actores se presentan por hacer saber sus inquietudes, escuchar las de los demás e intervenir en las instituciones puede alterar el rumbo de las cosas. En este espacio (público) de controles recíprocos es *la sociedad de los individuos* la que ocupa el protagonismo en toda su magnitud. Para evitar las inercias paralizantes del Uno o de la impersonalidad técnica, la sociedad se reinaugura cuando nuevas corrientes de valor y opinión irrigan el envejecimiento crónico de sus automatismos reproductores. Sin momentos de revisión y de replanteamiento, sin palabras audaces y evocadoras de lo nuevo, la convivencia se sume en la repetición estéril.

Sólo la recuperación de la actividad política en el espacio público ofrece la posibilidad de *la acción inauguradora*. En este horizonte cabe la coordinación lúcida de las voluntades y los sentidos y la narración consensuada de los acontecimientos. Se opera el tránsito de lo esotérico y lo velado a lo exotérico y manifiesto. Se trata del replanteamiento de los principios de la convivencia, es decir, de corregir o transformar *de principio* el rumbo de la institución. En este momento, es la sociedad la que concita *el poder* entendido como "un poder potencial y no una intercambiable, mensurable y confiable entidad como la fuerza. Mientras que éste es la cualidad natural de un individuo visto en aislamiento, el poder surge entre los hombres cuando actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan"¹⁶.

Para que este poder se actualice en la vida social como instancia reinauguradora conviene recaer sobre diferentes aspectos.

Uno de ellos es lo que denomina H. Arendt *el espacio de la aparición*. A él se refiere cuando piensa en el espacio público en el que los actores se presentan ante los demás exponiendo sus pensamientos y su singularidad. Remite a la necesidad de todo individuo de sentirse reconocido por los otros como agente de palabra y acción, como agente con un sello personal e irreductible que quiere imprimir en el curso de los acontecimientos. Vivir es con-vivir, es decir, el reconocimiento de que la vida en sociedad constituye una realidad plural sazónada de polifonía, policromía y politeísmo.

Además, estos acontecimientos no son ajenos a la gestión humana de las cosas. Con la expresión *amor mundi*, H. Arendt incide en el hecho de que el mundo no es un objeto extraño y devenido únicamente ámbito

¹⁶ Arendt, H., *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1998, pag. 223.

de explotación técnica, también de exploración individual y social. De hecho, su conversión en algo extraño e impersonal para el hombre moderno obedece a que no se ha hablado de él, a que no se le ha glosado y narrado, a que se le ha quitado la palabra, a que se ha convertido en un espacio en el que el hombre exhibe su (pretendida) omnipotencia y dominio de las circunstancias. El mundo no es algo totalmente ajeno a la existencia humana. De él brota la admiración y la sorpresa que tira de la reflexión acerca de lo que nos pasa.

Por otra parte, la acción humana, frente a la fabricación de la producción moderna, no conoce fin a su derivación ilimitada. Esto es lo que explica la implicación de toda la sociedad en un desarrollo que va más allá del mero acto individual. Su tránsito se despliega en direcciones múltiples generando efectos en otros agentes y en otras instancias de la vida social y abocando al conjunto de la sociedad a posicionarse acerca de ese rumbo de las cosas. En palabras de la propia autora, “el motivo de que no podemos vaticinar con seguridad el resultado y fin de una acción es simplemente que la acción carece de fin. El proceso de un acto puede literalmente perdurar a través del tiempo hasta que la humanidad acabe”¹⁷. Y ello hasta el punto de que los efectos de la acción pueden seguir un curso tan imprevisible que influyen negativamente en contra de su agente desencadenante. No en vano, si bien éste les inicia, el desarrollo posterior pasa por muchas manos y sigue un rumbo imprevisible y ajeno a la voluntad inicial. Siguiendo a Hannah Arendt, “todo esto es razón suficiente para alejarse con desesperación de la esfera de los asuntos humanos y despreciar la capacidad del hombre para la libertad, que, al producir la trama de las relaciones humanas, parece enmarañar su producto en tal medida que el individuo más semeja la víctima y el paciente que autor y el agente de lo que ha hecho”¹⁸.

Un último elemento lo constituye la imaginación, facultad humana que invita a fundar y a convulsionar *los fundamentos ahistóricos*. La apertura constitutiva del quehacer humano invita a un permanente ejercicio de dilatación y estiramiento que descubre *la dimensión potencial* de las cosas que afecta a la convivencia social. La imaginación tiene mucho de esa exploración continuada de los individuos acerca de una institución social que incorpora en su funcionamiento la falta y la vulnerabilidad de los hechos humanos. En la actividad política, no sólo cabe la tiranía y la violencia física sobre los otros, la gestión económica y eficaz de los recursos económicos escasos, también la capacidad de atisbar caminos y vías de convivencia social en el carácter uniforme y frío de lo existente. H. Arendt piensa en *la brecha* como expresión que invita a lo posible, a iniciar, en definitiva, al pensamiento, “esa pequeña senda sin tiempo”¹⁹, que obliga a los actores a reconstruir el mundo social desde las ruinas del anterior.

4. CONCLUSIÓN

La reflexión que aquí toca a su fin ha pretendido repensar el conjunto de significaciones y evocaciones que alberga la idea de *juventud* que hoy define el semblante de la modernidad tardía. En el nivel del diagnóstico esa significación social promueve la oportunidad de incorporar el estilo de vida juvenil a la vida de los individuos sin atender a la edad biológica de éstos. La juventud es un valor que invita a hacer frente a un tiempo de aceleración y de escasas certezas, que ya no promete salidas ultraterrenas fuera del tiempo histórico. El individuo se encarga de desafiar el paso del tiempo realizando acercamientos a la frescura y la inocencia de los inicios. Algo que, a su vez, pavimenta el terreno favorecedor de un modelo de conciencia y comportamiento afanoso de la novedad refrescante, de los cambios por los cambios mismos, muy dado al consentimiento con el estado de cosas y, en este sentido, ciego ante las causas y efectos de esta *sociedad del espectáculo* que ha cerrado la puerta al análisis meditado y al disenso.

¹⁷ *Ibid.*, pag. 253.

¹⁸ *Ibid.*, pag. 253.

¹⁹ Arendt, H., *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1986, pag.19.

Este *modus vivendi* juvenil, sin embargo, se dispone sobre estratos callados y mudos de la experiencia humana que le convierten, tras el análisis, en parte de un todo más amplio y en la penúltima expresión de una narración humana que no tiene fin.

Por un lado, *la memoria no escrita*, en expresión de C.G. Jung, de los arquetipos condensados en cada presente histórico remite a esas potencialidades de representación y acción que desata y alienta la creatividad de la acción social. Entre ellos, ese *niño eterno* que abre la puerta a ese *tiempo sin tiempo* (de la infancia) que nos retrotrae a la abundancia y el prodigio de una experiencia disecada por las inercias y reiteraciones funcionales de nuestra sociedad. En ella reside la capacidad humana de personificar y encantar el horizonte empírico siempre tendente a autonomizarse y objetivarse. Y, sobre todo, de re-integrar otras instancias de la conciencia humana que permiten re-nacer al constatar la complejidad de la experiencia en ella.

Por otra parte, se encuentra la dimensión inauguradora de la acción humana, de la que habla H. Arendt. Aquí se convoca al conjunto de los actores sociales en su irreductible capacidad de narrar el mundo y su vida en él ante y con los demás. Resalta la acción social en lo que tiene de *fuera fundadora* que hace frente a todo tipo de resistencia al cambio.

En definitiva, se trata de pensar la frescura de los inicios, no sólo como diagnóstico de época acerca de algo estabilizado y clausurado, sin también en lo que tiene de instancia social que abre el curso de las instituciones a un constante ejercicio de replanteamiento y refundación colectiva. El peligro del análisis social apegado a los hechos radica en quedarse en la mera constatación de éstos hasta el punto de cerrar el paso al *hacer*, de demorarse en la mirada de lo juvenil desatendiendo a la capacidad de rejuvenecimiento de la sociedad.